

to, ni era tampoco urgente por entonces. Semejante resultado se debió principalmente á la polémica suscitada entre Mr. Dallas y Mr. Calhoun respecto á si el Banco debería ó no hacer pagos en especie: los federalistas se dividieron y esto hizo que ninguno de los dos contendientes alcanzase la victoria.

En todo el país, especialmente en Nueva-Inglaterra, produjo la mayor escitacion un proyecto de Mr. Monroe cuyo objeto era aumentar el ejército regular, haciendo obligatorio el servicio de las armas á un número dado de habitantes, desde diez y ocho á cuarenta y cinco años, á fin de organizar un ejército de cien mil hombres, fuerza que se juzgaba necesaria para la campaña próxima. Todos clamaron contra este proyecto, alegando que era un sistema de quintas mas atrevido que el que hubiera osado adoptar Napoleon cuando se hallaba en el apogeo del poder, y la oposicion fué mas numerosa cuando se supo que el Secretario de la Armada queria adoptar la misma medida.

La conducta de Mr. Monroe no podia ser mas digna, pues sabiendo que probablemen-

te seria elegido candidato para la Presidencia, propuso una medida que naturalmente iba á ser mal recibida por el pueblo. Su plan se desechó, y lo mismo se hizo con un *bill* que tenia por objeto autorizar al Presidente para llamar á la milicia de cualquier Estado aun cuando el gobernador del mismo se opusiera á ello. Debemos advertir que este *bill* se desechó en el Senado solo por un voto.

El Vice-presidente Elbridge Gerry murió repentinamente en Washington el 23 de noviembre de 1814, y poco despues Juan Gailliard, de la Carolina del Sur, fué elegido Presidente del Senado. Dicese que Gerry murió pobre, mas el Congreso le costeó un magnífico entierro, si bien rehusó conceder una pension á su desgraciada viuda é hijos, que de este modo se habrian librado de la miseria.

En el siguiente capítulo diremos cuáles fueron los actos del Congreso en aquella legislatura, terminando á la vez la historia de la segunda guerra con la Gran Bretaña, á la que siguió la celebracion de la paz.

## APÉNDICE AL CAPÍTULO XII.

### LA INVASION DE WASHINGTON REFERIDA POR LOS INGLESES.

Mr. Gleig asegura que las tropas inglesas al mando del general Ross no pasaban de cuatro mil quinientos hombres. A causa de no llevar artillería, y hallarse el pequeño ejército muy fatigado por el excesivo calor, los ingleses avanzaban con suma precaucion y llegaron á Bladensburg el 24 de agosto. Reproducimos la narracion de la batalla y de las torpezas cometidas por los americanos, tal como la refiere el autor.

Esta batalla, que puso en poder de los ingleses la capital de los americanos, comenzó á eso de la una de la tarde y duró hasta las cuatro; las pérdidas sufridas fueron considerables, pues de las dos terceras partes de aquel reducido ejército, murieron ó quedaron heridos unos quinientos hombres, siendo sobre todo de lamentar que entre estos se contaran muchos oficiales distinguidos. El coronel Thornton, jefe de la brigada de ligeros, el teniente coronel Wood, comandante del regimiento 88, y el mayor Brown, á cuyas órdenes iba la vanguardia, quedaron heridos gravemente, y al mismo general Ross le mataron el caballo. Por parte de los americanos, no fué la pérdida tan sensible,

pues ocupando una fuerte posicion no estuvieron tan espuestos, y si se hubiesen batido con mas serenidad y resolucion no es probable hubieran perdido la batalla. En resumen, puede decirse, que esceptuando unos cuantos marineros á las órdenes del comodoro Barney, las demás tropas no pudieron conducirse peor. Las avanzadas se dispersaron al momento; la primera línea retrocedió sin hacer resistencia, y el ala izquierda del grueso de las fuerzas fué desbaratada completamente á la media hora de combate. Seriamos injustos si no elogiásemos el valor de los marinos que tomaron parte en la refriega: baste decir que no solo hicieron las veces de artilleros, sino que sirvieron las piezas con una rapidez y precision que admiró á sus mismos enemigos, debiendo añadir que algunos de ellos permanecieron firmes en sus puestos hasta que viendo á su jefe herido y acuchillados á muchos de sus compañeros, abandonaron el campo de batalla. Respecto á los ingleses, no puede negarse que todos cumplieron con su deber á porfía, y si la brigada de ligeros fué la que sufrió mas pérdidas, esto se debió principalmente á que se hallaba á la cabeza

de la columna y se lanzó al ataque con demasiada impetuosidad. Poco se podía esperar ciertamente de la artillería, siendo las fuerzas enemigas tan superiores, pero los seis morteros que se emplearon fueron de gran utilidad.

Como nuestras tropas se hallaban en extremo fatigadas y no conocían el país, no pudieron perseguir al enemigo, ni este sufrió grandes pérdidas, porque retirándose á los bosques, se puso bien pronto fuera del alcance de sus contrarios que no contaban tampoco con caballería. La derrota por lo tanto fué completa, y el ejército organizado para la defensa de Washington, se dispersó de tal modo, que no era posible rehiciere muy pronto; como la distancia desde Bladensburg á dicha ciudad no escedía de cuatro millas, hubiera sido fácil apoderarse de los fugitivos, caso de haberlos perseguido.

No debía desaprovecharse la favorable oportunidad que se presentaba, y en su consecuencia, mientras las dos brigadas que habían tomado parte en la batalla permanecían en el campo á fin de rehacerse, la tercera, que formaba la reserva, adelantó rápidamente hácia Washington.

Como no era la intención del Gobierno inglés ocupar permanentemente un punto en aquella parte de América, y como el general comprendía que con un puñado de hombres no le era dable sostenerse mucho tiempo en la capital del enemigo, resolvió ponerla á contribucion y volverse tranquilamente á sus buques. Semejante conducta por parte del general inglés no tenía nada de indecorosa, y como, según las leyes de la guerra, todo cuanto existe en una ciudad conquistada, constituye el botín de los vencedores, al proponer Ross que le entregasen cierta cantidad á fin de evitar el saqueo, dió mas bien una prueba de generosidad que de malos senti-

mientos para con los vencidos. Ciertamente es que si los americanos no hubiesen querido aceptar las proposiciones, los ingleses se habrían quedado sin botín, pues no se contaba con medios convenientes de transporte, pero nada impedía destruirlo todo, y así, aunque no ganásemos nada, el Gobierno americano perdería probablemente mucho mas que conviniéndose á entregar la suma pedida.

Con esta idea, el general Ross no entró inmediatamente en la ciudad seguido de sus tropas, sino que se detuvo en una llanura cercana, y envió á Washington un parlamentario para proponer sus condiciones. Sin embargo, no solamente no se quisieron escuchar estas, sino que apenas hubo entrado aquel, seguido de algunos soldados y del mismo general en una de las primeras calles, hicieron fuego desde la ventana de una casa, matando el caballo al jefe inglés. Ya se comprenderá que semejante acto escitó la indignacion de todo el ejército; desistióse de todo arreglo, avanzaron las tropas inmediatamente, y despues de pasar á cuchillo á cuantos se hallaban en la casa de donde partieron los tiros, comenzaron á quemar y destruir cuanto había en la ciudad. En aquella devastacion general quedaron reducidos á cenizas, el edificio del Senado, el palacio del Presidente, un magnífico arsenal, gran número de barracas, muchos almacenes llenos de efectos militares, varios centenares de cañones de todas clases y una infinidad de pertrechos de guerra. También fueron destruidos una hermosa fragata de sesenta cañones, dispuesta ya para botarse al agua, varios bergantines y goletas, y no pocas cañoneras; los depósitos de pólvora se volaron, produciendo una explosion tan terrible que varias casas cayeron á pedazos, y como las balas, bombas y granadas no podían utilizarse de otro modo, se arrojaron al río.

Todo esto estaba muy en su lugar, y si el brazo de la venganza se hubiese detenido aquí, nada habría que decir, pero desgraciadamente no fué así, pues una magnífica librería, varias imprentas y todos los archivos nacionales fueron entregados á las llamas sin contemplacion alguna. No es mi intención sin embargo dar toda la razón á los que dijeron con los americanos que había sido bárbara é injustificable la conducta de los ingleses; yo creo por el contrario que fué digno y humanitario el proceder de las tropas, que á pesar de su justa irritacion solo destruyeron los edificios y efectos del Gobierno, sin tocar á las casas de los particulares, excepto aquella desde la cual se había hecho fuego al jefe británico.

Mientras la tercera brigada se ocupaba en esto, el resto de las tropas despues de trasladar sus heridos á Bladensburg, se dirigió hácia Washington. Aunque la batalla se terminó á las cuatro, ya se había puesto el sol cuando los diversos regimientos rompieron la marcha, de modo que aquel corto viaje se hizo en la oscuridad, mas como ya había comenzado la obra de destruccion en Washington, el resplandor de los incendios, la explosion de los polvorines y las inmensas columnas de humo enrojecido, dieron á conocer á las tropas lo que estaba sucediendo. El cielo parecía iluminarse con el reflejo de aquella conflagracion inmensa; una brillante luz permitía divisar con toda claridad el camino por donde marchaban los ingleses, y á no ser el incendio de San Sebastian, no recuerdo haber visto en toda mi vida una escena de tan sublime grandiosidad.

Al llegar á la llanura donde se había detenido la reserva, la primera y segunda brigada hicieron alto á fin de pasar allí la noche, lo cual no debía molestar mucho, pues la brisa era tibia y agradable; pero al amanecer

estalló una tormenta que puso en dispersion á los soldados. Yo, sin embargo, no me quejé de semejante percance, porque reconcí bien pronto que esto era lo único que faltaba para completar la magestad del cuadro que se ofrecía á nuestra vista. El vívido resplandor de los relámpagos parecía competir con el de las llamas de aquel voraz incendio, y al propio tiempo el fragor de los truenos dominaba á veces el ronco estallido de los cañones que reventaban ó de las casas que se hundían.

Inútil me parece decir que la consternacion de los habitantes había llegado á su colmo y que aquella noche fué para ellos terrible. De tal modo confiaban en la victoria de sus tropas, que muy pocos trataron de abandonar sus casas, ni mucho menos la ciudad, y hasta que los primeros fugitivos del campo de batalla comenzaron á llegar á Washington desalentados, ni aun el mismo Presidente pensó en atender á su seguridad personal. Este caballero, según me dijeron, había ido por la mañana á revistar las tropas, entre las cuales estuvo hasta que se anunció la llegada de los ingleses; pero, bien fuese porque la vista del enemigo resfriara su valor, ó bien por otra causa cualquiera, que esto yo lo ignoro, ello es que al ver brillar las armas de los invasores, parecióle de pronto que su presencia era mas necesaria en el Senado que en el campamento, y despues de exhortar á todos á que cumplieran con su deber, se marchó á su casa diciendo que iba á preparar un banquete para obsequiar á los oficiales cuando volvieran coronados con los laureles de la victoria. No soy responsable de la veracidad de estos detalles; lo único que sé, es que la comida preparada para los oficiales americanos sirvió para satisfacer el menos delicado apetito de un destacamento de soldados ingleses. Al di-

rigirse algunos de estos á la casa de Mr. Madison para destruirla, encontraron en el comedor una mesa preparada con cuarenta cubiertos; veíanse allí numerosas botellas de cristal llenas de esquisitos vinos, grandes fuentes de porcelana acercadas al fuego, cuyo contenido despedía un olor agradable para todo estómago hambriento; los cuchillos, tenedores y cucharas, los platos y las garrapas, todo estaba simétricamente colocado como para empezar el banquete; y por lo que hace á la cocina, las cacerolas, los asadores y demás utensilios del arte culinario, se hallaban bien provistas de las abundantes viandas destinadas al espléndido festin, pero todo indicaba que los cocineros habian abandonado precipitadamente aquel lugar poco tiempo antes. El lector comprenderá fácilmente que los hambrientos soldados no miraron con indiferencia todos aquellos preparativos, pues una elegante y succulenta comida, era un exceso de lujo al cual no estaba aquella gente acostumbrada, si bien les pareció muy conveniente para reponerse de los trabajos y fatigas del dia. Los soldados tomaron pues asiento al rededor de la mesa, no de una manera tan ordenada y cortés como lo hubiera sido la de aquellos á quienes estaban destinados los manjares, pero sí con la satisfacción y alegría de unos aldeanos que asisten á una fiesta cívica; y despues de satisfecho su apetito, sin haberse quejado en lo mas mínimo de la habilidad del cocinero, acabaron de apurar los vinos y pegaron fuego á la casa donde *con tanta liberalidad se les acababa de hospedar.*

Ya he dicho que para los habitantes de Washington aquella fué una noche de horrores: ignoro en qué fundarian su escesiva confianza, pero es lo cierto que todo lo esperaban menos la llegada de un ejército inglés, y por este motivo no reconocia límites

su consternacion y espanto. El primer impulso de todos fué naturalmente huir, y en un momento estuvieron llenas las calles de soldados, senadores, hombres del pueblo, mujeres, niños, caballos, carruajes y carros cargados de muebles y otros efectos, que en mal revuelta confusion se dirigian al puente de madera que cruza el Potomac. Como era de esperar se produjo un espantoso desorden, y de tal modo se atropelló la multitud en el puente, que se temió un hundimiento, pero, segun dicen, apenas se vió en la orilla opuesta Mr. Madison, uno de los primeros que se escaparon, mandó que se cortara el puente, y obedecida esta orden, los que no habian pasado aun, se vieron en la precision de volver para implorar la clemencia de los vencedores.

De este modo se pasó la noche, y al amanecer del dia siguiente, la brigada de ligeros penetró en la ciudad mientras la reserva se retiraba á una eminencia, á la distancia de dos millas. Poco sin embargo quedaba que hacer, pues se habia llevado á cabo la obra de destruccion: el edificio del Senado, el palacio del Presidente, los cuarteles, el arsenal, todo en fin cuanto pertenecia al Gobierno, se hallaba convertido en un monton de humeantes ruinas, y hasta el puente, obra magnífica, de una milla de longitud, estaba casi demolido. No siendo conveniente que estuviesen diseminadas las tropas, permanecieron todas en la colina llamada del Capitolio... No puede negarse que la toma de Washington se debe atribuir á la desafortunada conducta de los americanos mas bien que á la pericia de los vencedores. Si se hubieran adoptado medidas para resistir semejante ataque, ó si los jefes se hubiesen ingeniado á fin de retardar ó entorpecer la marcha de nuestras tropas, seguramente se habria abandonado el proyecto bien pronto,

pues de lo contrario era inevitable la completa derrota de los invasores. . . . .

En esto pues estuvo el error de los americanos: si despues de habernos dejado llegar hasta Nottingham hubieran obstruido los caminos con árboles cortados, seguramente no era posible escaparse, pues hostigándonos luego, de frente y por los flancos, sin dejarnos descansar un momento, habrian conseguido al fin cortarnos la retirada, no quedándonos luego mas remedio probablemente que rendirnos á discrecion.

Los americanos no quisieron sin embargo adoptar este plan de defensa tan natural y tan obvio, y prefirieron confiar su suerte al éxito de una batalla, lo cual fué un error muy grave. Ellos no debieron nunca abandonar á Bladensburg, pues todo el mundo sabe que el mas insignificante pueblo, si está bien defendido, cuesta mucha sangre tomarlo, y como eran de ladrillo casi todas las casas de dicha poblacion, los enemigos pudieron muy bien haberla defendido por espacio de algunas horas. Además de esto, no

dieron grandes pruebas de conocimientos militares al formar sus tropas en orden de batalla, atendido que en todo el espacio que ocupaban no habia un solo punto donde nos viéramos espuestos á un fuego cruzado. Los americanos se extendieron en tres líneas rectas como otros tantos regimientos que forman en parada, y su artillería se dispuso de modo que no podia surtir ningun efecto.

Cuando se les atacó no dieron pruebas de resolucion ni de tener el menor conocimiento sobre la táctica, y entiéndase que no queremos decir con esto que los americanos carezcan de valor personal, pues individualmente son tan bravos como los primeros, pero no son soldados, ni tienen la esperiencia ni la práctica de tales. Fué por lo tanto una locura colocarlos en una situacion en que solo hubieran podido salvarse poseyendo grandes conocimientos en el arte militar, y por esto repito lo que ya he dicho, al manifestar que la toma de Washington, fué mas bien debida á la ceguedad y desacierto de los americanos que á ninguna otra causa.